



LITURGIA

LA CANDELARIA

BELLEMENTE, sencillamente, con una fiesta recogida, que trasciende hondo júbilo y derrama luz viva, va a terminar el ciclo litúrgico de Navidad. Empezó con el Adviento, época de ansiedad, de llamamiento apremiante, de expectación angustiosa. "¡Luz, luz!", clamábamos, con los ojos puestos en la lejanía; con osada ambición pedíamos una luz que no se extinguiese nunca, que envolviere todo nuestro ser, que beatificase toda nuestra vida. Y al fin vimos brillar esa luz en medio de la noche, "Cuando todo estaba envuelto en el silencio, tu Palabra omnipotente vino de las regias mansiones del cielo." Vino a nuestra tierra, y paulatinamente, se fué acercando hasta nosotros: apareció en el regazo de María, se ofreció visiblemente ante los ojos atónitos y alborozados de los pastores, resplandeció en el camino de los Reyes de Oriente, y, al fin, en este día de la Candelaria se acerca más a nosotros, se posa en nuestras manos y se funde con nuestra alma. La fiesta del 2 de febrero, el recuerdo litúrgico de la Purificación de María, tiene un sentido de plenitud, es complemento, la plena realización de los ardientes suspiros del Adviento, de las radiantes alegrías de Navidad, de los éxtasis maravillosos de Epifanía.

Es una fiesta antigua, que se remonta a los tiempos constantinianos, una fiesta que evoca un suceso de la vida de Cristo y de María, y encierra a la vez un profundo simbolismo para nuestra propia vida. María continuaba en Belén, "revolviendo siempre en su corazón" las amables efusiones de la noche inolvidable en que los ángeles anunciaron la paz al mundo. Fueron cuarenta días de adoración, de íntimo gozo, de dialogar inefable con aquel Dios que no sabía hablar. José rompe el hechizo divino recordando el precepto de Moisés: "a los cuarenta días todo varón que ha abierto el seno de su madre debe ser consagrado al Señor". Hay que subir a Jerusalén, y purificar a la recién parida, y rescatar al recién nacido, que, como todos los primogénitos, es propiedad de Jehová, con la ofrenda del cordero o de las dos palomas. Es San Lucas, el evangelista de la infancia del Señor, quien nos habla de aquella jornada. Desde Belén Efratá hasta Jerusalén, entre campos y pegujales, donde verdean ya los sembrados que dan el nombre a la ciudad de David. Va María con el Niño en los brazos y a su lado José, llevando la ofrenda. No ha podido encontrar quince denarios para un cordero. Su ofrenda es la ofrenda de la pobreza: dos palomas, que aletean en una jaula, y que son el símbolo de la simplicidad y de la inocencia.

Timidamente atraviesan los pórticos magníficos, entran en los patios espaciosos y suben la gran escalinata marmórea de las quince gradas guarnecidas de bronce. Nadie para mientes en ellos, y es posible que algún levita dejase caer sobre ellos alguna mirada burlona. Y sin embargo, aquel momento había sido anunciado por los profetas de Israel. Un día, cuando Zorobabel reconstruía la morada de Jehová, destruida por los asirios, desalentado porque no podía emular la magnificencia del rey Salomón, se sentó frente a las construcciones, lamentándose de su impotencia, y

entonces fué cuando el profeta Ageo se acercó a él y le dijo: "No desmayes ni te entristezcas, porque he aquí lo que dice el Señor: Un poco de tiempo aún, y Yo

haré temblar el cielo y la tierra; Yo estremeceré los imperios; y el Deseado de las gentes vendrá y llenará de gloria esta casa, y la gloria de esta segunda casa será mayor que la de la primera, porque en ella aparecerá la paz."

La paz aparece, y la vieja profecía se cumple. Un sacerdote sale al encuentro de la joven esposa, la rocía con gotas de sangre y reza las palabras del ritual, mientras el levita recoge los pichones y los cinco siclos, que prescribe la ley. Ni uno ni otro sospechan siquiera el misterio que allí se desarrolla; pero, de un ángulo, acude el viejo Simeón, encanecido en el estudio de los santos libros, que se ha sentido profundamente impresionado al ver aquel Niño, cuyo nombre le ha parecido leer en cada página bíblica. El canta el "Nunc dimittis", el advenimiento de la luz, la aparición de la paz, que había anunciado Zacarías; y atraída por sus voces viene Ana, la profetisa. También ella comprende y adora, y ríe y llora de alegría y de felicidad.

La sagrada liturgia quiere que todos los cristianos se junten con ellos para salir al encuentro de Cristo. Para eso dispuso desde los tiempos antiguos la procesión graciosa de la Candelaria, a la cual debemos asistir todos con alegría y con amor. Para eso poné en nuestras manos una vela, con la cual acompañamos a María en la ofrenda que ella va a presentar en el templo de Jerusalén. Es una ingeniosa, una delicada manifestación de nuestro amor filial a la Virgen, que en este día se anticipa a las trágicas grandezas del Calvario, sacrificando generosamente, con un total e incondicional desprendimiento, en nombre nuestro y en nombre del mismo Jesús lo que ella más quiere en el mundo. Y nosotros, agradecidos, queremos acompañarla en su camino, y subir al templo siguiendo sus pasos, para tomar en la diestra el cirio simbólico, figura del mismo Jesús a quien ella llevaba en sus brazos. Es la imagen de la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Somos portadores de Cristo; al ver esa luz en nuestras manos temblorosas, podemos decir como el viejo Simeón: "Mis ojos han contemplado tu salvación". Y nuestra fe se renueva al escuchar las palabras de la profetisa: "Este Niño ha nacido para ser la ruina y la resurrección de muchos." Ha nacido para ser nuestra resurrección. Es la plenitud de toda verdad, de toda pureza, de toda santidad y de toda dicha. El que quiera andar en tinieblas y gustar la miseria del dolor, que se aparte de El. Pero nosotros hemos creído en El, nos hemos entregado a El, le hemos tomado en nuestras manos, en nuestras inteligencias y en nuestros corazones, y le llevaremos, como una luz, a través de toda nuestra vida, en la intimidad de nuestra casa, en nuestra oficina, en la fábrica, en público, por las calles, en todas las actividades, en la conducta varonil de un consciente, orgulloso, convencido, práctico y alegre cristianismo. Con esa luz en nuestras manos, seremos los hijos de la luz, los apóstoles de la luz y de la alegría perenne.

FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL